



MARRUECOS Aspecto del madrileño paseo de la Castellana al paso del automóvil que conducía a Su Alteza Imperial Mohamed V y a Su Excelencia el Jefe del Estado español desde el aeropuerto de Barajas, donde el Generalísimo Franco recibió al sultán de Marruecos. Acompañaba al soberano marroquí un numeroso séquito y sus propios hijos, el príncipe heredero, Muley Hassán, y Muley Abdallah. Madrid, como toda España, dispensó a Mohamed V una popular y cordialísima acogida. Poco después, en Palacio, Franco impuso a S. M. I. el collar de la Orden Imperial del Yugo y las Flechas (1956).

ESPAÑA, POSICION IMBATIBLE CON DOS ALAS: HISPANOAMERICA Y EL MUNDO ARABE
 Los pueblos árabes, aliados naturales de España: el estrecho es un río que une

ESPAÑA Y EL MOGREB

COOPERACION FRENTE A «INTERDEPENDENCIA»

Por HISPANUS

HACE unos días, apenas terminó el ramadán, Rabat fué el escenario de un vistoso espectáculo marcial. Marruecos presentaba su ejército. Su majestad imperial el sultán presenciaba la parada y una inmensa multitud se asociaba jubilosamente al acontecimiento. El príncipe heredero desfiló a la cabeza de las fuerzas. En total, los efectivos aproximados de una división: once batallones, tres escuadrones de caballería y otros tres blindados, un grupo de cuatro baterías y dos batallones de ingenieros. Las «mehal-las» proce-

dentos de nuestra antigua zona de protectorado debían llamar la atención de la revista por su atuendo y marcialidad en el desfile. Con ellas marchaba la unidad de montaña, instruída igualmente por nuestros oficiales, para actuar en las crestas del Rif. Los corresponsales resaltaron la brillantez de su presentación y la acogida calurosa de los espectadores a su paso.

En realidad ha sido España la vieja y tenaz instructora militar de Marruecos en todos los tiempos. Tradicionalmente las tropas de los sultanes fueron de ordinario irregulares. El marroquí ha sido por excelencia

CINCO REYES ARABES HAN VISITADO ESPAÑA EN LOS ULTIMOS AÑOS

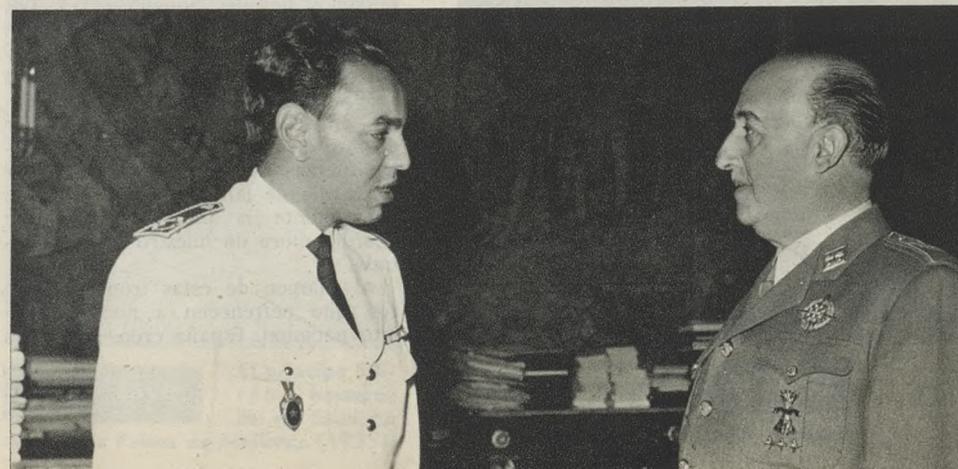
JORDANIA

El rey Abdullah I desembarcó en La Coruña, donde le vemos con el Jefe del Estado español, y atravesó España de norte a sur, recibido con entusiasmo en todas las ciudades que visitó. Abdullah I dijo: «Sólo Franco y yo comprendemos el peligro comunista» (1949).



MARRUECOS

El Generalísimo Franco recibe en el palacio del Pardo al príncipe heredero, Muley Hassán, jefe del Estado Mayor del Ejército de Marruecos y jefe de la delegación extraordinaria marroquí, que negocia actualmente con el Gobierno español (1956).





IRAK El príncipe regente Abdililah, en España, impuso una condecoración al Generalísimo Franco (1952).



LIBANO El Presidente Bechara Jalil el Juri contempla un retrato de Franco en la visita de M. Artajo a Beirut (1952).



JORDANIA Hay que añadir a las regias visitas de que ha sido objeto España recientemente, por parte del mundo árabe, la efectuada por la reina madre de Jordania, aunque el viaje tuviera, en cierto modo, un carácter privado. En la fotografía vemos a la ilustre dama, esposa del rey Talal, durante la visita que en Madrid giró a Su Excelencia el Jefe del Estado español y su esposa en el palacio del Pardo (1956).



JORDANIA Los jóvenes reyes, Hussein y Dina, en su viaje por España. Foto obtenida en Córdoba (1955).



JORDANIA El rey Talal I recibió, en el palacio de Amman, al ministro español, señor Martín Artajo (1952).

siempre mucho más guerrero que soldado. Fué España, en efecto, la que comenzó por instruir militarmente a estos hombres. La experiencia es realmente muy antigua. Tanto, quizá, como las relaciones históricas entre nuestros dos pueblos. ¡Como que data ello nada menos que de los días de nuestra Reconquista; por más de una razón, en realidad, una guerra civil! Con los almorávides, por ejemplo, luchaban encuadrados cristianos nuestros. Con frecuencia los soberanos peninsulares de la época se aliaban entre sí, sin preocupación alguna religiosa. Al servicio de los moros hubo condes de Castilla, de Barcelona y de Urgel; incluso los sirvieron el propio Cid y Guzmán el Bueno, sin que faltaran milicias cristianas, al revés, a las órdenes de los reyes de Marruecos, Tlemecén y Túnez, entre ellas los «farfanés», que debían reintegrarse a España en los días de Juan I. En el reino de Granada la fortaleza de la Alhambra estuvo confiada por los musulmanes, durante largo tiempo, a la custodia de tropas cristianas. Pero lo normal fué exactamente lo contrario. Desde época remota servían a los cristianos milicias musulmanas, como los «alfarces» (jinetes), a los que reemplazaron más tarde los «zenetes». Estos últimos pasaron luego a integrar en parte las «Guardias Viejas» de Castilla durante el reinado de los Reyes Católicos. Enrique IV fué quizá el primer soberano español que tuvo una guardia personal mora. Cisneros, al conquistarse Orán en 1509, creó a la postre el primer cuerpo regular moro al servicio español. Tal fueron los «mogataces» (esto es, los bautizados), que cambiaron con el tiempo su organización hasta reducirse a una sola compañía, llevada a Ceuta, al perderse siglos después aquella plaza. Los «tiradores del Rif», antecedente aun más directo de nuestros actuales «regulares indígenas», se organizaron en 1859. Las últimas tropas citadas datan en su constitución de 1911. Por último, en 1937, un escuadrón de estas fuerzas sirvió de base para crear la escolta de lanceros que constituye actualmente la bizarra y brillante guardia mora de nuestro Jefe del Estado.

Al margen de estas tropas regulares, que pertenecen a nuestro ejército nacional, España creó—fiel a los

principios del protectorado—otro ejército al servicio del jalifa, en el que nuestros oficiales eran solamente meros instructores y en el que los mandos de las mismas recaían en los propios marroquíes. Estas tropas constituían la guardia de su alteza imperial el jalifa, y las «mehal-las», que en número de cinco se distribuían por la antigua zona, además de treinta «más» o compañías de «mehaz-nís» o policía indígena, datan de hace treinta o cuarenta años.

Por una extraña paradoja, España—como Marruecos incluso—no es sólo por la geografía país del Extremo Occidente. Son asimismo ambas—curiosa cosa al fin—países orientales también. El Mogreb se encuentra unido a Oriente por su fe, por su lengua y en parte incluso por su sangre. España es, del mismo modo, como un eco también del mundo oriental. Se diría así como si el Mediterráneo se nos ofreciera, en el ámbito de su colosal elipse, como si fuera una caja de resonancia en la que repercutiese en un foco la voz del otro. España es un tanto Occidente y Oriente, en efecto, a la vez. Los geógrafos han identificado con las mesetas anatólicas las nuestras propias de la región ibérica central. Nuestro levante, como el oriente mediterráneo, contrasta suelos desertizados con ubérrimas huertas, milagros de la irrigación, verdadero oasis. Las palmeradas de Murcia o de Levante tienen así pareja afín en las de los cursos orientales del Nilo o del Eufrates. En España quedan así soldadas de este modo las dos influencias, que abarcan, por el norte y por el sur, la cuenca entera del Mediterráneo, la septentrional o europea y la suroriental o afroasiática. Es por ello por lo que España es también, como otro foco oriental en el extremo occidental de aquel mar. Por ello, por la geografía y por la historia, España no es ajena al mundo integrado por los pueblos de Oriente. Por ello también España, que nunca sintió el egocentrismo político, en lo internacional ha mirado siempre de un lado a la América hispana y de otro al oriente árabe. Cuando nuestro diligente ministro de Asuntos Exteriores visitó en misión oficial los pueblos del

Próximo Oriente, la prensa americana escribió lo siguiente: *La posición del general Franco se hace imbatible. Cuenta como alas para su expansión a los pueblos de Sudamérica y a los países árabes, mientras que se apoya confiadamente en el norte de África. Y añade: La alianza mediterránea se impone como un hecho lógico, porque los pueblos árabes son los aliados naturales de España.*

He aquí por qué—por ese orientalismo español, que está en la geografía, en la historia y hasta en la idiosincrasia del pueblo y en la manera de ser de las cosas—España es, en Europa, una excepción, que adivinan, sin quererlo, los meros turistas, pero que sienten en lo más vivo de su ser los orientales que nos visitan. Si alguna demostración hubiera de menester lo que decimos, he aquí este cuadro somero de las visitas reales a nuestra patria de los últimos años. El 5 de septiembre de 1949 desembarcó en La Coruña su majestad el rey de Jordania, Abdullah I. Permaneció en España hasta el 18 de septiembre del citado año, en que salió, por Málaga, después de haber atravesado, de norte a sur, todo nuestro país. Su majestad el rey jordano fué recibido con tan indescriptible entusiasmo, que su séquito no ocultó la sorpresa y la gratitud por la recepción. El rey, vivamente emocionado, habló por la radio a su pueblo para explicarle su impresión y cómo le había llegado a lo más profundo de su corazón el apoteósico y cálido recibimiento que se le había hecho, a la par que aludió a los lazos espirituales que unían a los dos pueblos y que perdurarán hasta la eternidad. La estancia transcurrió entre desfiles marciales a su llegada, visitas a los astilleros de El Ferrol del Caudillo, en donde se construían dieciocho destructores; a la Escuela Naval de Marín, a Santiago..., a Madrid; y a Toledo, a El Escorial—en donde se maravilló el soberano de la excelente conservación de los manuscritos árabes que allí se atesoran—, en fin, Andalucía. Una nota oficial, a la terminación del viaje, dice: *Se ha examinado totalmente la situación internacional en relación con el Oriente Medio y la amenaza del comunismo soviético. Ha habido—se destaca—completo acuerdo de opiniones, que contribuirá al robustecimiento de la*



IRAK El rey Faisal II llegó a Madrid, acompañado del emir Abdulilah, y la capital de España le recibió con una impresionante y brillantísima parada militar. En la foto aparece visitando el glorioso Alcázar de Toledo con el ministro español del Ejército, Muñoz Grandes (1956).

mutua colaboración entre ambas potencias, y en el orden internacional, para conservar la paz mundial y el afianzamiento de los lazos de amistad en el campo económico y cultural entre España y el reino hachemita del Jordán. Poco tiempo después, en 1952 precisamente, el señor Martín Artajo, al frente de una misión, con la que coincidieron simpática y significativamente los marqueses de Villaverde, marchó a Oriente para recorrer, en un viaje de buena voluntad y cordial amistad, el Líbano, Jordania, Siria, Irak, Arabia Saudita y Egipto, en cuyo último país, en el banquete oficial ofrecido a la misión, asistieron también los diplomáticos que representaban en El Cairo a los países hermanos de Hispanoamérica y Portugal.

En 1952 asimismo visitó España, entre el 8 y el 15 de mayo, el príncipe Abdulilah, regente del Irak. Llega a Madrid por Barajas y se celebra en su honor una gran parada militar. El regente visita en la capital de España la exposición permanente del Instituto Nacional de Industria, el Museo del Prado, los pantanos de la cuenca media del Tajo, Aranjuez, El Escorial y Toledo, en donde se detiene en la Fábrica de Armas, el Alcázar y la Academia Militar. Corona su excursión un viaje por Granada y Sevilla. Y como si los pueblos orientales interpretaran su política —tal como interpretó Ganivet la española al recordarnos nuestra ascendencia árabe—, he aquí que en 1953, el 23 de octubre justamente, viene a Madrid el primer rey de Libia: su majestad Idris Senussi, al que acompaña la reina Fátima. Aunque el viaje tiene cierto carácter privado, el egregio visitante se entrevista con el Caudillo español, al que aquél llama, con razón, *gran amigo de los árabes* en el palacio del Pardo. El 6 de junio de 1955 llegan también a Barajas los reyes de Jordania, Hussein y Dina, que verifican un recorrido por nuestra patria, conforme a un itinerario semejante a los descritos antes. El rey Hussein, en un discurso oficial, dice así, aludiendo al Jefe del Estado español: *Vuestra sincera amistad hacia el mundo árabe y vuestra noble postura en el campo internacional simbolizan vuestra posición al lado de la justicia y de la verdad, así como también conserváis cui-*

dadosamente la herencia y la cultura de nuestros antepasados en esta tierra...; vuestro noble gesto con la injusticia cometida contra una parte del mundo árabe, llena nuestras almas de alegría y satisfacción. En lo que va del año actual, en fin, dos soberanos de países islámicos más han visitado España: su majestad imperial el sultán de Marruecos, Mohamed V, y el rey del Irak, Faisal II. Aun debemos añadir otra visita regia, aunque tenga carácter en cierto modo privado: la de la reina madre de Jordania. Faisal II llegó a Madrid el 19 de mayo, acompañado del emir Abdulilah y del vicepresidente, Ahmed Mukhtar Baban. La capital de España le recibió con una impresionante y brillantísima parada militar. Su majestad el rey Faisal, tras de efectuar un itinerario análogo al de los otros monarcas anteriores, marchó desde Andalucía a Marruecos para visitar a Mohamed V y dialogar con él sobre los problemas que afectan al mundo árabe a la luz de las conversaciones de Madrid. Días antes, en efecto, de la visita de este soberano, el 4 de abril del año en curso, había llegado igualmente a Barajas su majestad imperial el sultán Mohamed V. Su visita fué acogida con singular afecto y entusiasmo en Madrid. Acompañaba al soberano marroquí un numeroso séquito, en el que figuraban el propio príncipe heredero —en el que tan profunda impresión debía causar la visita a la Academia de Infantería española—, Muley Hassan; el primer ministro, Si Bekkai, y otros miembros del Gabinete. El viaje de su majestad imperial el sultán tenía como móvil muy principal la apertura de las negociaciones con España para el reconocimiento de la soberanía, independencia y unidad del Mogreb. La apertura de estas conversaciones se verificó en el palacio del Pardo, previo cambio de discursos entre el Jefe del Estado español y el sultán. Su majestad imperial Mohamed V dijo en esta ocasión: *No podemos dejar de considerar los antiquísimos lazos históricos ni el patrimonio común de civilización y cultura de que ambos pueblos se enorgullecen, y que constituye el factor determinante de su acercamiento y comunidad de pensamiento.* España, generosa, fiel a su historia y a su tradición de siempre,



PERSIA Todos los turistas llevan a España la idea de presenciar una corrida. Y los cosos taurinos ofrecen siempre la nota colorista del espectador exótico. Los regios turistas no son menos, y así vemos a la reina Soraya en la plaza de toros de las Ventas de Madrid (1953).



LIGA ARABE Azzam Pachá, presidente de la Liga Árabe, recibe en El Cairo a M. Artajo (1952).



SIRIA El Jefe del Estado, coronel Fawzi-al Selo, impone una condecoración a la marquesa de Villaverde (1952).



ESPAÑA Un general español que reza en árabe es El Mezzián. Estudió en España y sus hijos son españoles.



YEMEN En la embajada de España en El Cairo Martín Artajo se entrevistó con el primer ministro del Yemen (1952).



ARABIA SAUD El príncipe Sultán, hermano del rey Saud, en su visita a Palma de Mallorca (1955).



EGIPTO El primer ministro, Abdel Nasser, en Alejandría, con los guardiamarinas españoles del «Neptuno» (1955).

DE LUNA A LUNA

Por Edmundo MEOUCHI M.

LITERATURA

Alfonso Reyes, en Nueva York

No, estimado lector. No vamos a cometer la impertinencia de presentar aquí a don Alfonso Reyes. Sería eso como hacer la presentación de don Gregorio Marañón en un conciliábulo de literatos-endocrinólogos o de don Pío Baroja en una tertulia española. Don Alfonso Reyes es para las letras americanas lo que el Everest para la Geología: la cumbre más alta. Una cumbre de sesenta y siete años de altura. De cuarenta años, por lo menos, de indiscutible e inigualado predominio literario sobre las otras—grandes y mínimas—montañas intelectuales...

Lo que pasa es que como los españoles y los hispanoamericanos estamos empeñados en la tarea de alcanzar un Premio Nóbel a como dé lugar, y en vista de que los muy distinguidos académicos suecos se hacen los suecos frente a nuestras legítimas pretensiones, pues... estamos metiendo cierto ruido para salirnos con la nuestra.

Sin ponernos de acuerdo—cosa nada extraña entre nosotros—, hemos iniciado una doble ofensiva de gran envergadura. Si no conseguimos un Premio Nóbel para don Ramón Menéndez Pidal, como lo desean tantos de esta orilla y de la otra..., le metemos el hombro, la firma o nuestros buenos deseos, a la candidatura de don Alfonso Reyes. Lo que importa de veras es que los académicos suecos se enteren de una vez que su aparente ignorancia de nuestros valores literarios es, por lo menos, un síntoma gravísimo de miopía «galopante»...

Los partidarios de don Alfonso Reyes, que son también—dicho sea de paso—admiradores de don Ramón Menéndez Pidal, están llevando a cabo una campaña continental muy encomiable. Desde Nueva York nos llegan noticias de que el C. E. P. I. (Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos) celebró el 15 de junio del presente año, en el auditorium de la Casa Galicia (con lo que se demuestra que estamos en familia), un homenaje «solemne y distinguido», «para que se reconozca ("sic") al señor Alfonso Reyes como lógico candidato al Premio Nóbel de Literatura».

En plena campaña electoral

Entre los ilustres intelectuales que participaron en ese acto, debemos destacar al escritor mexicano don Andrés Iduarte. ¿Lo conoce usted, amable lector? Pues mire...

Ni en Cuba, fijese bien, hay un hombre que sepa tanto sobre la vida y sobre el pensamiento de José Martí—el genial insurgente cubano—como Andrés Iduarte. Desde las páginas de la maravillosa revista de la Hispanic Society, desde su libro «Martí escritor», desde la cátedra que preside en la Universidad de Colombia, Andrés Iduarte ha sabido enaltecer como nadie el nombre del incomparable poeta, creador de la nacionalidad cubana, José Martí.

Sí, señores. Andrés Iduarte, es el mismo. Aquel a quienes los comunistas de México le hicieron una jugada inolvidable. Era el titular de la Dirección de Bellas Artes cuando los rojillos de allá velaron el cadáver de Frida Kahlo, la mujer de Diego Rivera, con bandera roja sobre el féretro, con «La Internacional» a pleno pecho y otros excesos. Lo que dió por resultado un gran escándalo, mil reproches, mil excusas, mil cobardías y—como es natural—una víctima expiatoria: don Andrés Iduarte...

Sea como sea, lo que importa ahora es que él apoya la candidatura pro Nóbel de don Alfonso Reyes. De ese imponderable maestro de las letras castellanas. «El más universal—nos dice don Federico de Onís—de los escritores de nuestra lengua, quizá el más logrado ejemplo en cualquier literatura de ciudadano del mundo internacional de las letras antiguas y modernas.»

TEOFILO ALLAIN ALVAREZ, PINTOR PERUANO

Circunloquio libre sobre la igualdad

Ante Dios todos los hombres somos iguales. Esto lo saben hasta los que, sin creer en Dios, saben, por lo menos, lo que pasa después de los entierros. Por muy «vivo» que esté un cadáver, por muy bien conservado que esté, si no se agusana, más tarde o más temprano se deshidrata. Y esto no hay formol, ni doctor Ara, ni fórmula egipcia, ni mausoleo soviético, que pueda remediarlo.

A la «mera hora»—como dicen los mexicanos—uno se reduce a tres gusanos multicolores, a una lápida variable y a un adeudo pendiente. Un gallo en el caso de Sócrates, una viuda desvalijada en el caso de un abogado, una imprudencia culpable en el caso de un cirujano.

Sí, señores, ante Dios todos somos iguales.

Lo que pasa es que uno no se resigna a que el principio de igualdad sea la coartada de los estériles y el consuelo de los imbéciles. Cuando uno no ve las cosas *sub specie eternitatis*, dan ganas de gritar: «¡Iguales, iguales, pero no tanto!...»

Un «pocho», un «coca-cola» cualquiera, es ante Dios el igual de don Miguel de Unamuno. No permita usted, sin embargo, que el «coca-cola» insista demasiado sobre tal evidencia. El lo hace, en verdad, para ensalzarse alegremente en perjuicio de don Miguel de Unamuno. «Iguales, iguales, pero no tanto», diga usted de cuando en cuando.

Se afirma, además, que ante la ley internacional—si existe—todos somos iguales. En efecto, voto más, voto menos, todos somos iguales. Monegascos y norteamericanos, súbditos de Andorra y rusos de Rusia, mongoles del exterior y suecos de dentro.

Uno tiene sus dudas, pero así es: todos iguales. De un lado los vencedores; de otro, los vencidos; más allá, los que no tuvieron vela en el entierro. Unos cobran y los demás pagan. No se engañe usted, sin embargo. Ante la ley internacional, todos los pueblos son iguales.

LA MODERNIZACION DEL CAMPO ESPAÑOL

(Viene de la pág. 69.) tadas por la concentración, 520.205.

Las provincias afectadas son: Guadalajara, Salamanca, Soria, Valladolid, Burgos, Cuenca, Alava, Navarra, Avila, León, Zamora, Palencia, Orense, Madrid, Cáceres, La Coruña, Santander, Segovia, Vizcaya y Zaragoza.

Entre las obras de parcelación se incluyen mejoras de transformación de secano en regadío, saneamientos, encauzamientos de ríos, limpieza de sus cauces, alumbramiento de aguas, traída de aguas a los términos municipales afectados, construc-

ción de abrevaderos colectivos y de viviendas, llegándose en la provincia de Valladolid a la creación de un poblado en una de las fincas rústicas que se han aportado a la concentración. Y en algunos casos la luz y el teléfono han sido los heraldos que, ante los ojos atónitos de los campesinos, anunciaban el propósito del Gobierno español de mejorar por todos los medios, uno de los cuales es la concentración parcelaria, el ambiente de la vida rural.

J. M. G.

CASAS PARA TODOS

(Viene de la pág. 67.) casuística, como consecuencia del estudio previo de este plan nacional.

—¿Ha admitido el Instituto, después de establecido el reglamento, sugerencias de los cuerpos especializados que puedan aportarlas de interés por razones profesionales?

—No sólo las ha admitido, sino que las ha fomentado. Así se preveía en el reglamento de aplicación de la nueva ley de Viviendas de Renta Limitada. Buena prueba de ello ha sido el concurso entre arquitectos y profesionales de la construcción para el establecimiento de prototipos en las viviendas unifamiliares. Los mejores profesionales de los distintos Colegios y especialistas de la construcción han participado en nuestro concurso, del que hemos sacado los mejores modelos, que ofreceremos a nuestros beneficiarios para que con la mayor comodidad y sin el más mínimo gasto puedan elegir su vivienda, en cuya variedad de modelos se han conjugado las razones climatológicas, además de las ventajas de incorporación de los últimos avances en materia de construcción. Pocas semanas después, treinta y siete grandes empresas constructoras, asesoradas por diversidad de técnicos, arquitectos e ingenieros, han iniciado su participación en el Concurso Nacional de Viviendas Experimentales, que dentro de pocas semanas se hallará en pleno desarrollo. Esta complementación ha de servir para conocer e introducir en el campo de la construcción de viviendas los adelantos técnicos, nuevos sistemas constructivos y empleo de nuevos materiales que aconsejan las circunstancias. El contacto del Instituto Nacional de la Vivienda con el Instituto Técnico de la Construcción y del Cemento, centro de experimentación que ha sabido ganarse el respeto y la admiración de los países que lo conocen y que dirige el emi-

nente ingeniero don Eduardo Torroja, asegura extraordinarios frutos en el terreno de la normalización y standardización de elementos constructivos.

—¿Sería prematuro dar algunas cifras?

—El plan nacional establecido para el presente año señala la construcción de ciento diez mil, quinta parte de las quinientas cincuenta mil viviendas que comprende el plan nacional durante cinco años. A estas viviendas hay que añadir veinte mil de tipo social para saneamiento de suburbios en zonas superpobladas. Las solicitudes presentadas para acometer este programa por la iniciativa particular y los organismos públicos han excedido en mucho de esta cifra, habiendo sido posible seleccionar con las preferencias que aconsejan las mejores conveniencias de tipo social y político; así, se han aprobado por prioridad todos aquellos proyectos de construcción de viviendas que las destinen al alquiler o arrendamiento y las que han de constituir el domicilio habitual y permanente de sus propios constructores. Las cifras alcanzadas en el pasado año mil novecientos cincuenta y cinco son ya en extremo satisfactorias, y en ello participa de forma destacada la Obra Sindical del Hogar, de la Delegación Nacional de Sindicatos, que con los auxilios extraordinarios del I. N. V. cubrió y aun superó el programa previsto. Dentro de unos meses—concluye el señor director del Instituto Nacional de la Vivienda, a quien muy vivamente le agradecemos la atención de este diálogo—podré darles a ustedes cifras concretas de la obra realizada, pues es nuestro propósito hablar tan sólo de lo que no constituye esperanza, sino realidad auténtica. Esa realidad que ya tiene, gracias a Dios, echados los cimientos.

ESPAÑA Y EL MOGREB

(Viene de la pág. 13.) debía otorgar desde el primer momento plenas la soberanía y la unidad del Mogreb. El Jefe del Estado lo anunció así en estas palabras, que sintetizan muy bien cuanto aquí se ha dicho: ...cuando hace cuarenta y cuatro años, España, como consecuencia de los acuerdos internacionales, que otros decidieron a sus espaldas, aceptó la responsabilidad de restablecer la autoridad del sultán, y con ella la paz, el orden y el progreso en los territorios del norte de Marruecos, lo hizo para evitar que otra nación pudiera sustituir-

la y se hacía cargo de la temporalidad de la misión que recibía y de los sacrificios de todo orden que para la nación española había de representar... Al cruzar por los aires sobre nuestra nación, habréis, sin duda—dijo, aludiendo al sultán—percibido que no hay apreciable diferencia entre las características de los territorios de nuestros dos países. La flora y la fauna de nuestra geografía son una continuidad de las que en vuestro país tenéis... La misma analogía encontraréis en nuestros hombres, que de sus encuentros y convivencia

a través de la historia conservan afinidad, que el tiempo no ha de borrar. Y su excelencia el jefe del Estado español terminó solemne: Por tal motivo mi Gobierno ha de dar al Gobierno marroquí las facilidades y asistencia para que los dos supuestos de unidad y libertad soberana puedan lograrse plenamente. Recobrada así la decisión de su futuro por el Imperio marroquí, nos hace vislumbrar un porvenir en que las naciones asentadas en las riberas del viejo mar latino puedan guardar y defender por sí y en armonía la paz, el orden y la libertad de sus comunicaciones. Días después, exactamente, España otorgaba y reconocía, en efecto, por una declaración diplomática, seguida por un protocolo, la libertad, soberanía y unidad de Marruecos. En ambos documentos el testimonio de nuestra común amistad quedó bien patente. La prensa comentó significativamente que en la declaración hispano-marroquí la palabra «interdependencia» de la anterior declaración de París había sido reemplazada, lisa y cordialmente, por la de «cooperación». Si Bekkaï, el jefe del Gobierno marroquí, lo explicó claramente: *El sultán—dijo—, al despedirse en Madrid del Caudillo, reiteró la amistad de Marruecos para España. La verdadera solidaridad y unión entre los dos pueblos está basada en el corazón. Su majestad está muy reconocido a la actitud de España. Actitud digna, como corresponde a la noble tradición histórica española. La gratitud del pueblo marroquí al español es grande por esta generosidad, puesta a prueba en estos momentos históricos.*

II

Esta identidad del paisaje que el viajero observa apenas salva el estrecho tiene una interpretación natural y científica. Marruecos y España no son, a la postre, países diferentes. Cuenta la mitología que Hércules, el famoso héroe de los griegos, realizó entre sus singulares proezas las meritisimas de vencer al león de Nemea, a la hidra de Lerna y al monstruo Gerion; la de reducir al monotauro de Maraton... Pero todavía la tradición ensalza su singular fortaleza adjudicándole, entre otras hazañas no menos sorprendentes, sus triunfos sobre el bandido Caco, el gigante Anteo y aun sobre el río Aqueloo, aunque su máxima victoria sobre la naturaleza, y sin duda su más extraordinaria maravilla, fué nada menos que la de abrir el estrecho de Gibraltar, dando paso a las aguas para unir al Atlántico con el Mediterráneo—al mar de hoy y al mar de siempre—entre España y Marruecos.

Porque, en efecto, antaño, en un pasado muy remoto, que pertenece a la historia de la tierra y no a la de los hombres, Marruecos y España estaban materialmente soldados. Nosotros mismos hemos oído el relato cierto día de labios de un erudito gomarí, allá en Marruecos. Alguien nos explicó, en efecto, el acontecimiento, sólo que, según la tradición del país, no fué Hércules, el fabuloso semidiós griego, el que realizara semejante proeza, sino un cierto sultán del Mogreb, del que vanamente buscaréis su nombre en la historia marroquí. Lo indudable es que en el pasado remoto, remotísimo, no había discontinuidad alguna entre África y Europa, donde hoy se muestra la enorme cicatriz del estrecho.

La ciencia—que no es otra cosa que la tradición poética y la mitología reemplazadas por la terminología y la sistemática—nos ha explicado lo mismo, definitivamente, a la postre. Nos ha probado, en efecto, cómo en los cataclismos que el mundo conoció en su pasado más remoto, antes, mucho antes de que el hombre surgiera sobre la tierra, España y Ma-

rruecos quedaron separados. Sólo que la naturaleza pareció titubear en la separación. Tan iguales eran los países, que estuvo indecisa antes de dar el tajo. Los geólogos—que son los historiadores de la tierra—nos han demostrado con toda precisión que, exactamente, la separación entre ambos países coincidió en su inicio con las cuencas de nuestros actuales ríos Guadalquivir y Segura, que fueron un día remoto lo que ahora es el estrecho de Gibraltar, dejando, como si dijéramos, el mediodía andaluz para el Mogreb; nos explica luego que esta comunicación marítima se cerró después para abrir otra nueva por la cuenca del Msum y del Sebú, quedando a la sazón para Iberia la parte norte de Marruecos, y, en fin, se centró definitivamente esta separación, como actualmente vemos, al hendirse el estrecho de Gibraltar para volver a comunicar las aguas mediterráneas y del océano. Tal es, a la postre, el relato científico que nos anticipara bellamente la mitología.

Los geógrafos luego no han hecho sino insistir sobre la analogía de los dos pueblos ribereños, al fin—ya lo hemos visto—partes, en definitiva, de un solo todo. Suess, el sabio geólogo austríaco; Stille, Cueto y tantos otros hombres de ciencia, nos han explicado que la Cadena Rifeña, por ejemplo, no es sino una rama de la Bética. El conjunto orográfico hispano-marroquí, por lo tanto, al flexionarse al máximo, se rompió justamente en el centro. Así surgió el estrecho, y junto a él quedaron, como montes testigos, frente a frente, «Abyla», nuestra Ceuta, y «Calpe», Gibraltar. Pero en realidad la homogeneidad se extiende luego. El Atlas y el Pirineo delimitan la común simetría de las grandes líneas estructurales de la arquitectura hispano-mogrebina. El primero separa a Marruecos del resto de África. El segundo a España de Europa. El Guadalquivir y el Sebú, ambos ríos atlánticos, ya hemos visto que han llenado una función común. El Ebro y el Muluya, los dos cursos mediterráneos, corren entre llanuras, que alternan con cañones y foces. Pero, sobre todo, el relieve de ambos pueblos—Hispania y el Mogreb—integran una estructura idéntica, en la que predomina la «meseta». La nuestra, igual a la del sur. Gentil, el geógrafo francés, ha llamado, en efecto, exactamente, a la plataforma meridional, *meseta marroquina*. No hemos sido exactamente los españoles y los marroquíes—bien se ve—los que hayamos comprobado la identidad. Foncin, por ejemplo, que también era francés, lo dijo claramente: *España es una península africana, unida a Europa por el istmo pirenaico*, del mismo modo que debería añadirse: Marruecos es un país europeo unido a África por la barrera del Atlas. Y, más expresivamente, Odiot exclamó: *Marruecos es un trozo de España, a menos que... España no sea un trozo de Marruecos.*

Nada, en efecto, nos separa en el espacio. Entre Argel y Marsella, por ejemplo, hay 740 kilómetros; entre Túnez y Sicilia no hay más que 138; pero entre las dos orillas del estrecho de Gibraltar la angostura se reduce apenas a 13 kilómetros, ¡como desde Madrid al Cerro de los Angeles! Una distancia que pudiéramos llamar urbana, que cruzó el hombre prehistórico seguramente en balsa, que salvan ahora constantemente los aviones y los transbordadores españoles, que cruzará mañana posiblemente un túnel submarino, como preconizara el general español Jevenois, o sobre la que podrá tenderse mañana un puente, según la luminosa y autorizada opinión de un técnico español, el ilustre ingeniero y ex ministro señor Peña Boeuf.

No puede ser, bien se ve, el estrecho de Gibraltar un obstáculo, ni siquiera un elemento separador. Costa

lo explicó clara y elocuentemente: *El estrecho nos une como si fuera un río. Ríos hay en el planeta con doble anchura que el estrecho de Gibraltar—por ejemplo, el río de las Amazonas—; hay istmos en la tierra que dividen uno de otro dos sistemas geológicos, una flora de otra flora, un clima de otro clima—por ejemplo, el istmo pirenaico—; pero el estrecho de Gibraltar no separa nada. A pesar de él, como si tal accidente no existiera, los estratos del suelo africano se continúan en nuestro suelo peninsular; Iberia es una provincia botánica de África...; la meteorología marroquí y la meteorología española forman una misma y sola meteorología; los labradores de aquende y allende cultivan unas mismas plantas, siembran y siegan en unas mismas épocas...; España y Marruecos son como las dos mitades de una misma unidad geográfica... El estrecho de Gibraltar no es como un tabique que divide una casa de otra; es, al contrario, una puerta abierta, por la naturaleza, para poner en comunicación dos habitaciones de la misma casa.*

Se explica así que a la conexión geográfica haya debido corresponder, en efecto, el entronque histórico. Porque si la política deriva de la historia, la verdad es que ésta la inspira la geografía. España tenía una función que llenar con relación al África frontera. Como esta misma ha llenado otras en el pasado patrio. Ambos países estaban llamados a ser intérpretes de dos civilizaciones diferentes. Más aún: a servir de nexo común de fusión de dos culturas. Nadie podría sustraernos en esta misión dictada por la naturaleza. Ni siquiera Francia. Nuestro Donoso lo explicó claramente: *Entre la civilización francesa y la africana no hay punto de contacto, y hay, en cambio, soluciones de continuidad, de continuidad geográfica, porque entre una y otra está España; hay solución de continuidad física, porque entre el sol de Francia y el de África brilla el sol de España; hay solución de continuidad moral, porque entre las costumbres refinadas de Francia y las costumbres primitivas de África están las del español. a un mismo tiempo cultas y primitivas; hay solución de continuidad militar, porque entre el general francés y el caudillo africano está el guerrillero español; hay, finalmente solución de continuidad religiosa, porque entre el mahometismo fanático de África y el catolicismo filosófico francés está el catolicismo español con sus tendencias fatalistas y sus reflejos orientales.*

* * *

En realidad, las denominaciones «Héspersis» y «Mogreb el Aksa»—los nombres que dieron los griegos y los árabes, respectivamente, a los dos países—querían y venían a decir una sola y misma cosa: «Tierras del Extremo Occidente». Eran ambas como dos territorios iguales: uno «doble» del otro, un curioso caso de simetrismo geográfico. Deberían tener por ello especial relación histórica. Sergi ya habló de una raza euroafricana que los poblara, en común, inicialmente. Los bereberes y los iberos le parecían iguales a Oliveira Martins. Nuestro ilustre profesor Pericot nos ha explicado como las primeras oleadas de pobladores hispánicos, llegadas a la Península en el capsense, vinieron de África. Las remotas civilizaciones de Tartessos y de Almería tenían conexión con las tierras fronterizas. Cartago hizo de España y del norte de África un solo y único imperio. Roma incluyó a ambas márgenes del estrecho en su dominación común. Los bárbaros, repitiendo la lección de Cartago, hicieron de Toledo la capital de un gran Estado euroafricano. Y los ára-

La importancia de ser peruano

Y... ¿sabe usted por qué hemos traído a cuento lo de la igualdad?

En primer lugar, porque uno tiene sus dudas y sus resquemores. Los «coca-colos» aumentan, y es preciso guardar las distancias frente a ellos.

En segundo lugar, porque queremos hacer aquí un acto de justicia.

Hispanoamericanos van y vienen por España, y a todos ellos se les trata aquí con idéntica gentileza. Se puede decir que ante España todos los hispanoamericanos son iguales, con lo cual se demuestra la ortodoxia católica y la caridad de España. No obstante, conviene decirles a los españoles y a los hispanoamericanos aquello de «iguales, iguales, pero no tanto»...

Nacer hispanoamericano a secas es un don divino. Nacer peruano, por ejemplo, es, además, un privilegio excepcional. Y esto, que es tan cierto, no lo saben muchos españoles y, lo que es peor, no lo saben muchos peruanos. Hay que decirlo, por tanto.

Nacer peruano es un privilegio excepcional, insistimos; pero es también un terrible compromiso. Obliga rigurosamente a ser buen peruano. A dar limpio, noble y sincero testimonio de su país; a conocer su país, sus glorias pasadas, sus problemas; a dar cuenta de su historia y de su futuro. No se nace a la sombra de Machu-Pichu, en el Cuzco, en Arequipa o en Lima para hacer el «coca-colo» por esos mundos o para gorjear tan sólo los prestigios del Inca o de Pizarro.

Se nace peruano para ganarse el derecho a serlo de veras.

Pues bien, cuando uno se encuentra con peruanos por estos caminos de Dios, uno recuerda a los Porras, a los García Bedoya, a los Riva Agüero, a los Basombrió, a los Laredo. El mexicano que lleva uno dentro, el amigo para siempre que se quiere ser, vuelve a urdir la trama compleja y fantástica de la amistad con un peruano.

Peruanos y mexicanos «nos sabemos de memoria». Somos presa del mismo orgullo y reos del mismo pecado. Por lo que fuimos, por lo que somos, por lo que debimos ser...

Pintor de siglos

Pero resulta que éste, éste precisamente, es un hombre con talento, un hombre inquieto, un luchador y un artista.

Que este peruano viene a España para calar más hondo en su propia conciencia, para enriquecer su mundo interior con nuevas experiencias y distintas emocio-

bes, reiterando nuevamente la historia, a través de una sucesión de invasiones durante ocho siglos, no hicieron tampoco cosa diferente. Los almohades y los almorávides procedían de Marruecos—del sur y del norte de Marruecos—y no eran exactamente pueblos orientales de donde habían llegado solamente a principios del siglo VIII los primeros conductores de la invasión de África. En España, albergue de vetustas y espléndidas civilizaciones, la cultura oriental debía rebrotar con fuerza singular.

He aquí por qué resplandeció en ella, con los árabes, la medicina, la química, la astronomía, la filosofía, la matemática, la historia, la botánica, la geografía, las letras y las artes. Acá quedaron así, como el más bello testimonio de este común pasado, los «bosques de columnas» de la Mezquita cordobesa, los hechizos de los patios de la Alhambra y el mudejarismo—qué es como un arte oriental sobrevivido—de Sevilla, Segovia, Toledo o Zaragoza. De aquel multiseccular pasado común surgió una técnica agrícola también, una industria tradicional, una arquitectura popular con patios y cancelas—«la primorosa cancela, que patio y zaguán divide», que cantara el duque de Rivas—, un modo de vestir, una lengua repleta de arabismos, una toponimia que ha bautizado por igual ríos, montañas y lugares; hasta una cocina, unos mismos instrumentos musicales y un arte que entiendo de arabescos, alicatados, ajaracas, almirajes y minaretes. Sólo en España el viajero podrá encontrar todo esto fuera de Oriente y al norte del estrecho. Sólo aquí, en España, hay una Giralda que es como una kutubia española. Sólo aquí, en España, hay una palmerada como la de Elche, que nos evoca Marraquex. Sólo aquí, en España, hay un río que se llama Guad el Quebir o una montaña que se denomina Yebel Tarik, una isla (Yezirat) que ha bautizado una ciudad y un cabo al que se da el nombre de Tarif. Sólo aquí, en España, entre todos los pueblos de Europa, los huertanos se visten con zaragüelles y se tocan con pañuelos al modo de turbantes. Sólo aquí, en España, está el acervo de una música que nos es común con los pueblos de África del Norte e incluso del Oriente. Sólo aquí, en España, se conservan patronímicos de neto sabor árabe, como allá del estrecho existen también otros netamente españoles... Y podríamos continuar así indefinidamente. Basta, por tanto, con lo dicho. He aquí explicada la secreta y poderosa atracción que el polígrafo de Graus observara entre marroquíes y españoles. He aquí por qué España también siempre comprendió a Marruecos y quiso a Marruecos. Todo el proceso diplomático y político que se iniciara al comienzo de la centuria actual y que pudiera ahora brindarse a interpretaciones de artificio nos fué, en realidad, impuesto. Aun a finales del siglo XIX, en Madrid, España se empeñó en sostener la unidad de Marruecos. Ella sola pretendía y sostenía un Marruecos para los marroquíes. Si luego ello no sucedió así, no fué ciertamente culpa—ni siquiera deseo—suya. Los acontecimientos rodaron, en efecto, en contra nuestra. Y en contra de Marruecos, naturalmente.

En 1830 Francia había ido a Argelia. Una lucha larga y penosa la empujó luego a Marruecos, como la conduciría también a Túnez. Aquí, en este último país, el régimen de protectorado se impuso pronto. En Marruecos la cuestión, para Francia, se ofrecía más compleja. Marruecos había centrado la ambición de las grandes potencias. De Inglaterra primero, que desde hacía dos siglos nos había arrebatado Gibraltar y que anteriormente había estado presente en Tánger. De Italia incluso, que, terminada su unidad, llegaba tarde al

reparto de África. De Alemania misma, que rectificaba por entonces la política de Bismarck, contraria a la expansión colonial. Con Inglaterra, desde luego, no fué fácil entenderse. Eran los días de la pugna del Sudán y del incidente grave de Fachoda. Pero, al fin, las dos potencias—la Gran Bretaña y Francia—terminaron por negociar. ¡Había tan espléndido botín que repartir!... Inglaterra recibió justamente de Francia manos libres para actuar en Egipto, mientras que Francia las lograba para hacer en Marruecos. Italia haría otro tanto luego con Francia, a cambio de constituirse aquélla en árbitro de la suerte de Libia. Alemania, al final, requeriría de Francia que compensara su inhibición en la cuestión marroquí con un pingüe bocado territorial en el África negra.

* * *

España ni pidió ni quiso nada tampoco entonces. Al revés: deseó siempre la unidad y la libertad de Marruecos. El 30 de marzo de 1884—justamente veintiocho años antes de que Francia impusiera al Mogreb su protectorado, la Sociedad Española de Africanistas celebraba en el desaparecido teatro Alhambra, de Madrid, un mitin trascendental. La sala estaba repleta aquella noche de personalidades ilustres: políticos, hombres de negocios, militares, escritores, artistas y el público en general desbordaba el patio, los palcos y las galerías. En la mesa presidencial se sentaron Coello, el ilustre geógrafo y académico de la Historia; Pedregal, Carvajal y Sorni, ex ministros, respectivamente, de Hacienda, Estado y Ultramar, y el ex comandante militar de Ceuta general Bonanza. Coello dijo, en su discurso inaugural, que un ataque a la independencia de Marruecos era un ataque hecho a nuestra nación. Costa añadió: *Marruecos y España deben conservar su mutua independencia...; no basta que España respete por sí la integridad y la independencia de Marruecos; debe, además, garantizarla contra todo intento de anexión, protectorado o desmembramiento.*

Nada de guerra entre moros y cristianos—comentó Azcárate—, amistad y solidaridad hispanomarroquí. Carvajal pedía multiplicar el trato, la comunicación, la alianza, los cambios de idea y aspiraciones entre España y Marruecos. Y en las conclusiones del acto, he aquí las tres que podrían suscribir—y de hecho las han suscrito los españoles de hoy—: *Defensa de la integridad del Imperio marroquí, intensificar las relaciones entre los pueblos del estrecho y que España fomentara, por los medios que pudiera, el progreso social y económico del Mogreb.*

Pero la declaración francoinglesa de 8 de abril de 1904 decidió el reparto de Marruecos. A España—para asegurar la neutralidad del estrecho—se le reservó lo que debía llamarse luego la zona norte. No nos daban opción. Si no la ocupaba España, la ocuparía Francia. España, sin embargo, aunque aceptó—no podía hacer otra cosa—, no se movió. Fué luego el tratado de 1912—el que no quiso firmar Canalejas y quizá por ello fuera asesinado—el que nos obligó a actuar allá, como consecuencia de otro convenio anterior imperativo: el que Francia suscribió con el sultán el 30 de marzo del mismo año citado. España tuvo—¡qué remedio tenía!—que ocupar su puesto así. En el tratado en cuestión, por cierto, no se calificaba nuestra misión de protectora, sino de influencia. Más todavía: en el tratado que España suscribió puede leerse, en el artículo 1.º, que su misión consistiría en velar por la tranquilidad de la zona y prestar su asistencia a ins-

tancia al Gobierno marroquí para las reformas administrativas, económicas, financieras, judiciales y militares precisas. Todo—entiéndase ello bien—continuando la zona bajo la autoridad civil y religiosa del sultán. Está, pues, claro. España, que no quiso nunca el reparto de Marruecos, no le aceptó a la postre: se le impuso. Se limitó a ocupar el puesto que nos marcaron sin consultar ni opción; eso sí, entregándose a su tarea generosa con diligencia y noblemente. Nuestro protectorado fué así. Derrochamos miles de millones de pesetas en beneficio exclusivo del Marruecos hermano. No obtuvimos materialmente nada en nuestra empresa, al contrario de Francia. Celamos por la paz al otro lado del estrecho, perfeccionamos notoriamente la cultura indígena, fertilizamos los campos, repoblamos los calveros orográficos, instalamos industrias, desterramos el paludismo, sanamos la administración, levantamos mezquitas, multiplicamos los dispensarios y las escuelas, cruzamos el país de carreteras, aprovechamos las aguas que corrían hacia el mar sin utilidad alguna, urbanizamos las ciudades, restauramos su artesanía, convertimos al país en un objetivo predilecto del turismo, tendimos cables, erigimos antenas, imprimimos periódicos incluso en lengua árabe, repartimos tractores y fertilizamos los campos, construimos aeródromos y ferrocarriles, levantamos cartas topográficas, inauguramos museos, tendimos puentes, interesamos a los indígenas en la explotación del subsuelo y de la pesca, organizamos convenientemente la beneficencia, elevamos así a la par el nivel de vida y la edad media de la población, que se duplicó, al menos, durante nuestra actuación, y al fin, por todo ello España no pidió nada. Cuando la conflagración mundial última estalló, incluso España sustrajo a su zona—¡como a la de Tánger!—del horror de la guerra que asoló al resto de África del Norte. Y cuando la paz llegó y fuimos los españoles prácticamente bloqueados por la estulticia ajena, empeñada en agrandar a Rusia, repartimos con Marruecos nuestros exigüos recursos del modo más generoso y liberal posible. Tanto, en fin, que el trigo, el aceite o el azúcar—la base de alimentación del marroquí—fueron suministrados a nuestra antigua zona con deprecio, porque el exacto coste lo compensó entonces generosa la nación protectora.

III

En el detalle del relato precedente el hechizo andaluz culmina todos los problemas. Es natural. Andalucía, sobre todo, es lo permanente y tangible del orientalismo español. No puede extrañar por ello que su embrujo prenda siempre y embriague de amor y de nostalgia a nuestros más egregios e ilustres visitantes árabes y musulmanes. *El arte andaluz—decía Cejador—es un derroche de color y una borrachera de matices brillantes por el vivo sol que reverbera, cayendo a plomo y sacando chispazos deslumbradores...* Por todos sitios la misma lujuriantemente canción, entre jardines y cármes perfumados, de esas fuentes que son como el motivo eterno de la poesía oriental y de la hispánica. Palmeras, azahar; la agudeza graciosa del ciprés; flores, acequias...

Es Córdoba, junto al Guad el Quebir, la ciudad de los Abderramanes, la «Atenas del medievo», con su mezquita de 850 airoas columnas de jaspe y mármol. Es Sevilla, al borde de aquel río—«la maravilla que es preciso ver», según nuestro dicho famoso y real—, con su Alcázar, primeramente fortaleza de los almohades, que restaurara el Rey Justiciero; con sus alarifes mudéjares, con sus jardines que embalsaman las rosas, con la Torre del Oro, vieja fortaleza

nes. Resulta que es un hombre sincero, sin amarguras en la trastienda, abierto a la vida con el entusiasmo y la desfachatez de un niño grande. Pues entonces uno se sienta a escribir y, sin recursos especiales, da libre y sencillo testimonio sobre este peruano.

Teófilo Allain Alvarez es pintor desde hace tres mil años por lo menos. Porque en el Perú—como en México, como en España—no se es pintor de ayer, sino de siglos. No se es artista por aplicación o por conducta, sino artista irremediable. Allain pinta porque sí, y a pesar de haber estudiado con éste y con aquél y de haber expuesto en Buenos Aires y en Río, en Caracas o en La Paz, y de ejercer su magisterio en Lima, a pesar de todas esas cosas que constituyen la felicidad y la esperanza de tantos pintores, Allain sigue reproduciendo en sus lienzos y en sus láminas simplemente lo que ve, lo que siente y lo que ama. No es, por tanto, un teórico en la pintura, un explorador de fórmulas nuevas. Ante su obra, uno no se pregunta nada que no esté ahí, tan claro como el agua, como el ademán de un hombre honesto, como la mirada de un niño. Las cosas, los paisajes, los hombres y las mujeres que el artista conoce, ama y admira están ahí. No busque usted en ese grabado, en ese óleo, en esa acuarela de Allain lo que no encuentra tampoco en la obra de los pedantes, de los cerebrales de la pintura: una teoría «racional y exacta del universo y de la vida social» o un paliativo a sus personales neurastenias. Lo que usted tiene ahí no es geometría plana, ni literatura, ni filosofía existencial, ni psicoanálisis, ni música de colores, sino pintura que no aspira a otra cosa que a ser pintura. Allain no está obligado a constituirse en un nuevo Picasso ni a enmendarle la plana a Matisse, ni a seguirle los pasos a Tamayo. Su obligación consiste más bien en pintar, como él sabe hacerlo, las cosas que le son familiares y afines.

Y esto, estimado lector, ya es decir algo en un mundo lleno de revolucionarios del arte, de «abstractos» deshumanizados y pedantes.

Un artesano

Claro está que si se juzga la obra pictórica de Allain con rigor extremado, podrá decirse de ella que adolece de graves defectos formales; que tiene altibajos e insuficiencias; que es, en fin, una combinación evidente de aciertos y de errores.

Podrá decirse todo eso respecto a la obra de Allain sin afectar ni disminuir la indudable personalidad de este pintor. Justamente uno de los atractivos de su obra reside en

esa flagrante irregularidad, en esos fallos técnicos, en esas formas titubeantes, en esa manera de pintar que recuerda a la de los nobles, sencillos y geniales artesanos de América.

Las piezas ejemplares de la artesanía popular americana no nos conmueven por su intachable perfección, sino por su ingenua, sincera y naturalísima irregularidad formal. Si fuesen obras acabadas, perderían su encanto y su gracia, su poder de sugerencia y su sentido. Lo mismo puede decirse ante un lienzo o un grabado de Allain; no valen a pesar de sus defectos técnicos, como en otros casos, sino que valen CON Y POR esos mismos defectos, porque éstos, en Allain, son signos que revelan y subrayan su personalidad, su clara condición de autodidacta y su hondo sentido folklorista.

Pintor del mestizaje

Pero si nosotros intentáramos destacar solamente los méritos y los aciertos de Allain, diríamos de él algo que justifica de suyo su obra multiforme y su vida. Como otros artistas de América, envueltos por la propaganda política o deslumbrados por el inefable vocerío de los indigenistas de profesión, Allain pudo decidir su vida de pintor orientándola hacia un indigenismo detonante y reivindicador, tan falaz como productivo, como el que acaudillara en México nuestro imponderable y genial Diego Rivera. Un indigenismo dedicado a exaltar menos los indudables prestigios de los grandes imperios prehispánicos que las perversas intenciones de los imperios de turno. Un indigenismo que servía mejor a los misioneros protestantes y a los canarios evangélicos que a los nativos de carne y hueso. Un indigenismo, en fin, tan estimulante para los cursis que lo admiran como ventajoso para los que lo practican. A eso pudo dedicar su vida y obra Allain. Pero él ha preferido avanzar por el camino difícil, por el verdadero. Su patria es la tierra de todos los peruanos. Lo que tiene de grande, de incomparable, de eterno, no es patrimonio exclusivo de una raza. Es peruano y es nuestro. De todos los que creemos en Hispanoamérica como una unidad, como una síntesis, como el continente de mestizaje. De ese continente ha querido ser y es digno y noble testigo el pintor Allain...

mora que recuerda el arte castreño de allá del estrecho y que tiene aún tantas hermanas en el Mogreb fronterero; con la Giralda, el antiguo minarete de la mezquita de Yusuf, gemela de la kutubía de Marráquex y de la torre de Hassan de Rabat. Y es, en fin, Granada, sobre el dorso de la colina de Assabica, entre el Genil y el Darro, cara al Mulhacén, el más alto pico de la orografía ibérica, la ciudad de Alhamar el Magnífico, con el regalo maravilloso del Generalife, orgía amorosa del correr de aguas y del arrullo del viento entre los cipreses, y, sobre todo, la Alhambra, la fortaleza roja de la corte refinada de los nazaritas, con el ensueño de sus albercas, de sus rosales y, desde luego, de su arte;

con el asombro de sus patios del Mexuar, de las albercas y de los leones, obra de aquel Mohamed V del siglo XIV; de las salas de los Embajadores, de Justicia, de los Abencerrajes, de las Dos Hermanas o de los Aljameces, y sus torres de Agua, de Comares, de la Reina de los Infantes, del Candil, de las Damas, de Siete Picos, de los Suclo, de las Armas, de la Vela o del Homenaje, o de sus puertas del Perdón o del Vino...

Andalucía. Córdoba. Sevilla. Granada... ¿Qué más da? He aquí palpable el orientalismo español. ¡Tal es lo que puede explicárnoslo todo!...

HISPANUS

REVOLUCION SOCIAL EN ESPAÑA

(Viene de la pág. 62.) pleitos. ¿Crees en conciencia, que las cuestiones de índole laboral pueden esperar años enteros? ¿Piensas, por otra parte, que los tribunales de la administración pública entenderían como Dios manda en problemas tan específicos como los de carácter laboral? Su incompetencia es debida a la falta de especialización. De aquí aquellos Comités Paritarios (por real decreto de 26 de noviembre de 1926), transformados en Jurados Mixtos Profesionales por ley de 27 de noviembre de 1931, que dirimían, más o menos justamente, las contiendas de tipo laboral.

Mas para que la justicia se impusiera a los partidismos sindicales de los Jurados Mixtos, creó el nuevo Estado las Magistraturas de Trabajo. Y fué suprimida la vigencia de los Jurados Mixtos por decreto de 13 de mayo de 1938, y se organizaron, por ley de 17 de octubre de 1940, las Magistraturas de Trabajo. Funcionarios de la carrera judicial especializados y abogados que hicieron una fuerte oposición las atienden.

Funcionan de una manera sencilla. Brevedad y claridad en la exposición de los problemas caracterizan el procedimiento. Lo primero, a ser posible, la conciliación entre el patrono y el obrero; luego, lo que sea más justo y más humano a un tiempo. El Tribunal Central de Trabajo y la Sala Quinta del Tribunal Supremo agotan los recursos de apelación.

La rigidez, la consideración de las cuestiones laborales solamente desde el ángulo de la ley inflexible, la deshumanización de los problemas, han sido ahuyentados del quehacer de las Magistraturas de Trabajo. Sin embargo, todo ha de ir compaginado con las disposiciones dictadas, aun cuando en algunos casos se puedan variar algunos detalles.

PREVISION «OFENSIVA», UNIVERSIDADES LABORALES

Está creada ya la Orden del Trabajo. El trabajador es un caballero

que ingresa, por derecho propio, no por favor, en la Orden del Trabajo. Las Medallas de Trabajo, en sus distintas categorías, premian los méritos de los obreros.

La dignificación del trabajador más eficaz está lográndose ya en España desde la raíz. Arañar la tierra es perder el tiempo. Sólo los campos fructificarán cuando se haya metido la reja honda. La previsión ofensiva es el arado más eficaz. Una legión de rejas nuevas removerán la tierra, esponjándola. Son los hijos de los trabajadores que asisten a las lecciones de las Universidades Laborales. Hablamos de las Universidades Laborales con familiaridad, porque ya están ahí. Cinco hay construídas. Corresponden a cuatro puntos cardinales y a un norte nuevo, a cinco ciudades que vigilan toda la geografía española: Zamora, Sevilla, Córdoba, Tarragona y Gijón. Y alrededor de estas Universidades Laborales, de estos cinco emporios de riqueza humanística y profesional, se van creando otras no menos importantes. Las piden hasta los pueblos pequeños, que consideran sus campos lugares adecuados para que los pequeños trabajadores aprendan los saberes sin tasa, sin mezquindad.

Más de una vez habrás visto, lector de Hispanoamérica, los reportajes—unos, verdaderos; otros, tendenciosos—que sobre el analfabetismo de Andalucía y de algunos otros puntos de España, si bien en pequeña escala, han publicado algunas revistas extranjeras. Pues bien, este analfabetismo tan cacareado se acabó. Las Universidades Laborales han nacido para coronar la obra inicial de las Escuelas de Formación Profesional y de los Institutos Laborales. Nada falta en ellas. Los muchachos, sobre la obligación de informarse, se imponen la tarea de formarse. De hacerse hombres. Llevar el vigor a los músculos, y la destreza a los brazos, y la sabiduría a la inteligencia, y la elegancia al alma, constituyen las tareas principales de las Universidades Laborales. ¡Oh, cómo el Rey Sabio hubiera gustado de este gran espectáculo de los muchachos aprendien-

do los saberes en las Universidades Laborales!

Tres libertades se han establecido en la Revolución social: libertad de mandar, libertad de saber y libertad de poseer. Tres libertades que entrañan las máximas aspiraciones de los trabajadores.

Los Montepíos y las Mutualidades Laborales han hecho posible la arquitectura y el sentir de las Universidades del Trabajo. Toda la cuenca minera de Asturias, todos los prados norteños, se reflejan en la Universidad Laboral de Gijón. Las torres llaman con sus campanas a los hijos de aquellos trabajadores que lucharon por estas cosas y que hasta ahora no las pudieron ver hechas realidad. Convocan a todo aquel que quiera asomarse a sus puertas. Las rigen unos Patronatos, en los que tienen puestos clave los trabajadores. El sol de Sevilla es concreción de todo el sol de Andalucía, y el sol de la Universidad del Guadalquivir, espejo de cultura secular, amasada con las fórmulas de los más recientes descubrimientos científicos. Córdoba transforma muchachos raquíticos en hombres duros y fuertes sobre sus campos de deportes y les pone en trance de convertir en campos fértiles la tierra cultivada con una técnica que hasta hace poco ha ido, con respecto a otras comarcas, con un siglo de retraso. La Universidad Laboral del Mediterráneo—la de Tarragona—mira al mar y busca, a través de su pequeño puerto, horizontes ignotos.

¡Ojalá sepan aprovechar el tiempo estos muchachos que estudian, machacan el hierro y cantan alegres canciones en los patios y en las lonjas de las Universidades Laborales de España! La Revolución social se alza sobre los hombros de estos chicos, mucho más resistentes de lo que creen algunos.

España ha despertado de su modorra social, y el despertar ha sido sorprendentemente hermoso. El vagido del nuevo ser es el anuncio de la realidad que forjó la esperanza de unos hombres de buena voluntad.

F. C.

NO SIEMPRE EL TIEMPO ES ORO (Soluciones de la página 80)

SOLUCION DEL DAMERO

A: Safurno.—B: Aconcagua.—C: Etimología.—D: Quemí.—E: Lado.—F: Paraguas.—G: Tacuara.—H: Rizo.—I: Sina.—J: Paralela.—K: Simboe.—L: Tapa.—M: Equidad.—N: Duende.—Ñ: Penne.—O: Herid.—P: Rellene.—Q: Leño.—R: Id.—RR: Sil.—S: Acosta.—T: Lid.—U: Ideal.—V: Llenen.—X: Avío.—Y: Fusil.—Z: Ruin.

CONJUNTO

Divina calma del mar,—donde la luna dilata—largo reguero de plata,—que induce a peregrinar.—En la pureza infinita—en que se ha abismado el cielo,—un ilusorio pañuelo—tus adioses solicita.

(LEOPOLDO LUGONES, en A ti, única.)

SOLUCION DEL CRUCIGRAMA

HORIZONTALES.—1: M.—2: Ros.—3: Ceros.—4: Pololos.—5: Rehusaras.—6: Tísico. Olor.—7: Célibe. Acibar.—8: Nami (imán). Rehará.—9: Rodéarse.—10: Soltéje.—11: Sarao.—12: Vos. 13: C.

VERTICALES.—1: C.—2: Ten.—3: Rilar.—4: Pésimos.—5: Cohibidos.—6: Reluce. Elav (vale).—7: Moroso. Ratroc (cortar).—8: Sola. Aéreas.—9: Soróchalo.—10: Salfase.—11: Sobre.—12: Raa (Aar).—13: R.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO
Una romanza nada más

Suscríbese a MUNDO HISPANICO a través de:

- ARGENTINA: Ediciones Antonio Fossatti. Calle Chile, 2222. Buenos Aires.
- BRASIL: D. Alfonso Torres Vega. Rua Alcira Brândao, 65. Apartado 101. Tijuca. Río de Janeiro.
- MEXICO: D. Alfredo Fernández. Calle Uruguay, 77. Altos. México. Distrito Federal.—D. Angel Alcázar de Velasco. Colonia Sylvia, 8. Ciudad Juárez.—Librería Font, S. A. Calle López Cotilla, 440. Apartado 166. Guadalupe.
- PERU: D. José de la Cruz Crespo. Hotel Plaza. Lima.
- PUERTO RICO: D. William M. Montalvo. Calle Mayagüez, 46. Hato Rey.—D. Juan A. Fernández. Calle Muñoz Rivera, 7. Apartado 412 Aguadilla.
- URUGUAY: Moratorio y Cía. Calle Obligado, 1314. Montevideo.
- ESTADOS UNIDOS: D. Saul Elorduy, 129 South Broadway, P. O. Box 2951. Los Angeles.